

La rosa del azafrán

Zarzuela en dos actos

Texto original de FEDERICO ROMERO y GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW
Música de JACINTO GUERRERO

PERSONAJES Y REPARTO

SAGRARIO	FELISA HERRERO
CATALINA	MARÍA TÉLLEZ
CUSTODIA	RAMONA GALINDO
DOMINICA	SRTA. MÉNDEZ
LORENZA	SRTA. ESCRICH
JUAN PEDRO	EMILIO SAGI-BARBA
DON GENEROSO	VALENTÍN GONZÁLEZ
MONIQUITO	ELADIO CUEVAS
CARRACUCA	PEPE ALBA
MIGUEL	SR. PALOMO
JULIÁN HERENCIA	SR. PROS
MICAEL	SR. CARRASCO
QUILINO	SR. DELGADO
CARMELO	SR. PARDIÑAS
FRANCISCO	SR. LARRICA
UN MENDIGO	SR. RAMÍREZ
GAÑÁN 1.º	SR. MANTILLA
GAÑÁN 2.º	SR. FERNÁNDEZ
MOZO 1.º	SR. SEVA
MOZO 2.º	SR. RUEDA
CHICO 1.º	NIÑO SANZ
CHICO 2.º	NIÑO TORRE
CHICO 3.º	NIÑO NAVARRO

Estrenada el 14 de marzo de 1930 en el Teatro Calderón de Madrid.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO.— La acción transcurre en un pueblecito de La Mancha, en el año 1860. En el patio de una casa de labradores acomodados —propiedad de Miguel y su hermana Sagrario—, criados, gañanes y pastores están celebrando el día de San Miguel, la fiesta onomástica del amo. Cantos y bailes animan el cuadro.

CATALINA Aunque soy de La Mancha
no mancho a nadie;
más de cuatro quisieran
tener mi sangre.
Y el estribillo:
que no hay chocolatera
sin molinillo.

TODOS Aunque soy de La Mancha... etc.

JUAN PEDRO Aunque soy forastero,
rondo en la villa.
No me digas, morena,
que es culpa mía.
¡Qué culpa tengo
de que me hayan herío
tus ojos negros!

No le digas a nadie
que nos queremos,
porque todos se vuelven
chismes y cuentos.
Tú no lo dices,
y el que quiera saberlo
que lo adivine.

CATALINA De qué me vale, amigo,
que yo me calle,
si tú lo vas diciendo
por toas partes.
Y aunque callaras,
te lo conocerían
en la mirada.

TODOS Desde Manzanaritos
a La Solana
hay una legüecita
de tierra llana.
No hay una yegua
que en menos de dos horas
se ande esa legua.

Entra Carracuca, un gañán de unos cincuenta años que viene en busca de la hermana Custodia, antigua nodriza de Sagrario, para que le vaya a ver a su mujer, enferma de los nervios. Moniquito, joven santero de la ermita de San Roque –que también visita a los enfermos porque asegura que el santo es milagroso– llega igualmente de casa de Carracuca, donde ha tenido que dejar a la histérica por imposible. Interrumpen la conversación la voz de don Generoso, mandando a un supuesto ejército carlista, compuesto en realidad por la chiquillería del pueblo. Los de escena comentan el desequilibrio mental de don Generoso, viejo hidalgo manchego y antiguo dueño de la casa, que se arruinó hace unos años empleando todo su dinero en levantar partidas carlistas. Para él la guerra civil no se ha acabado y se sigue creyendo además poseedor de su vieja casa y de todo su caudal. Corta la murmuración de los criados la aparición de Sagrario, que ordena se siga obedeciendo a don Generoso como si la casa fuese todavía suya, y entrega a Moniquito una onza de oro para que se la deje al viejo señor en su casa. Sale Miguel, que despide a unos gañanes que se van a otra casa de labor, y recibe a los que llegan. Para recibirlos llega también Juan Pedro, el ayudaor, a quien Miguel encomienda que el día siguiente dé principio la simienza. Juan Pedro contesta ufano que todo está preparado. «¡Y así estás tú de contento –exclama Micael, el viejo mayoral–, que no parece sino que naciste pa sembrar!»

JUAN PEDRO Cuando siembro voy cantando,
 porque pienso que al cantar,
 con el trigo voy sembrando
 mis amores al azar.
 No hay empresa más gallarda
 que el afán del sembrador.
 ¡Por sembrar en tierra parda
 soy a gusto labrador!
 Pisan mis abarcas la llanura,
 raya el firmamento mi montera,
 porque al sembrador se le figura
 que es el creador de la panera
 Y el grano arrojo
 con tanto brío
 que me parece
 que el mundo es mío...
 Sembrador
 que has puesto en la besana
 tu amor:
 la espiga de mañana
 será tu recompensa
 mejor.
 Dale al viento
 el trigo y el acento
 de tu primer lamento
 de amor...

Y aguarda el porvenir,
sembrador.

TODOS No hay empresa más gallarda
que el afán del sembrador.
Por sembrar en tierra parda
¡quién no fuera labrador!

JUAN PEDRO Vuela la simiente de mi puño,
cae sobre la tierra removida,
siente la caricia del terruño
y abre sus entrañas a la vida.
Y al sol de mayo,
que es un tesoro,
millares brillan
de lanzas de oro.

TODOS Sembrador
que has puesto en la besana
tu amor:
la espiga de mañana
será tu recompensa
mejor.

JUAN PEDRO Dale al viento
el trigo y el acento
de tu primer lamento
de amor...
¡Y aguarda el porvenir,
sembrador!

Marcha cada uno a su quehacer y quedan en escena Sagrario y Catalina. Ésta confía al ama su secreto: desde el día anterior es novia de Juan Pedro y desea que Sagrario le dé permiso para poder hablar con él. Esta declaración produce en el ama una visible contrariedad, pero –dominándose– no sólo reconoce las buenas cualidades del ayudaor, sino que autoriza las relaciones: «Con Juan Pedro mejor que con otro, que es un hombre formal, hacendoso, despierto, leal, fino en la palabra... y guapo de verdad», aprueba el ama; pero como no está bien visto que dos novios vivan bajo el mismo techo, decide –y así se lo participa a la asombrada Catalina– que Juan Pedro salga de la casa. A Catalina también la pretende Moniquito, pero no le valen sus galanteos con la criada, que una vez más le rechaza, ilusionada como está con Juan Pedro. Vuelve Sagrario, a quien Moniquito dice que ya dejó la onza de oro en casa de don Generoso, que sale poco después. Por sus palabras, escuchadas con benévola compasión por los demás, se advierte su locura. Expone proyectos fantásticos, habla de su hijo –que según él le robó Espartero– y obsequia a Miguel, que ha salido a recibirle con Juan Pedro, con una tosca cayada que él cree bastón de ébano fino. Cuando va a entrar en la casa llega un mendigo pidiendo limosna, y don Generoso, siempre en gran señor, le entrega la onza de oro –única– que tiene. Hacen mutis todos menos el ama y Juan Pedro, al que Sagrario llama para comunicarle que si ha de ser novio de Catalina tiene que marcharse de la casa. Él se conforma y ella,

entonces, dejándose arrastrar por sus sentimientos, le pregunta cómo expresan los hombres el cariño. El ama no ha sido nunca novia. Tiene fama de orgullosa y ningún hombre se le acercó nunca para decirle una palabra de cariño. Juan Pedro empieza a explicarse, y pronto Sagrario une su contenida pasión a la de él.

JUAN PEDRO Ama,
lo que usted me pide
es muy fácil de sentir
y es difícil de explicar.

SAGRARIO Creo
que sentir amores
es lo mismo que aprender
nuevos modos de cantar.

JUAN PEDRO Mejor lo explica el ama
de lo que yo sabría.

SAGRARIO Oírlo de tus labios
quisiera todavía.

JUAN PEDRO Reírse quiere el ama
del rústico gañán.

SAGRARIO ¡Quién sabe si al oírte
mis ojos llorarán!
Dime,
dime qué palabras
canta el hombre a la mujer
cuando le habla con amor.

JUAN PEDRO Temo
que la desengañen...

SAGRARIO Si tú quieres de verdad,
has de ser buen cantador.

JUAN PEDRO Manchega, flor y gala
de la llanura
manchega:
te quiero por tus ojos
y por tu boca
te quiero.
Tus ojos son alegres
como cantares
de siega.
Tus labios son tan dulces
como la miel
del romero.

SAGRARIO Bien dicen del cariño
que todo lo hermosea,

y que la hermosa envidia
 la suerte de la fea.
 Comprendo al escucharte
 que quieres de verdá...
 y que ella esté orgullosa
 de su felicidad.
 ¡Juan Pedro!...
 ¿Me lo quieres repetir?
 JUAN PEDRO La de usté es mi voluntá.
 «Manchega, flor y gala
 de la llanura
 manchega...»
 SAGRARIO ¡Déjame seguir!...
 «Te quiero por tus ojos
 y por tu boca
 te quiero...»
 JUAN PEDRO ¡Bien se lo aprendió!
 SAGRARIO «Tus ojos son alegres
 como cantares
 de siega...»
 JUAN PEDRO «¡Tus labios son tan dulces
 como la miel
 del romero!»
 SAGRARIO No sé qué penas
 me están matando,
 no sé qué duelos...
 ¡Parecen fogaradas
 de celos!
 JUAN PEDRO Bésame, niña
 con esos labios
 dulces y rojos,
 mientras me están mirando
 tus ojos

Sagrario, complacida, pide a Juan Pedro que le repita la frase y ella misma la dice en parte, desapareciendo en seguida por la casa. Juan Pedro, enardecido, va a seguirla pero se repone acordándose que él no es más que un criado. La escena ha sido presenciada por Catalina, y su intuición de mujer le ha hecho comprender más de lo que el gañán ha entendido en el impulso del ama. Muy ofendida, rechaza el noviazgo con Juan Pedro, con la consiguiente alegría de Moniquito, que no puede ocultar su satisfacción y se lo cuenta a la hermana Custodia, que también ha vuelto. Retoman la conversación sobre el caso de don Generoso, y entonces Custodia le refiere que es verdad que don Generoso – cuando joven– tuvo un hijo con una moza. Ella misma, la Custodia, le llevó a la casa-cuna de Ciudad Real. Pasó el tiempo, y un día en que don Generoso fue a buscar a su

hijo para legitimarlo, se encontró con que la criatura había muerto. A consecuencia de esta impresión se volvió loco, y por eso, en su desequilibrio, anda diciendo que se lo robaron. Sale de la casa Miguel que participa al mayoral la marcha de Juan Pedro. Éste se despide, pero advierte que ya no tiene nada que ver con Catalina. Sagrario interviene para insistir en que se vaya y Juan Pedro se aleja con otros gañanes. Sagrario, que se ha quedado a solas con la curandera, le pregunta: «¿Entiendes tú también de males del alma?» A lo que la hermana Custodia contesta con intención: «De éste pué que sí entienda, Sagrario.»

CUADRO SEGUNDO.— Una calle del pueblo. Es de noche. Se escuchan cantares de ronda de Juan Pedro y de otros mozos. Todos creen que Juan Pedro va a cantar a Catalina, pero el gañán dice que es al ama Sagrario a quien quiere dedicar la copla.

UN PASTOR Como soy, nena mía,
 pastor de ovejas,
 por las noches platico
 con las estrellas.
 Y aquella blanca,
 ¡cuántas noches me dice
 que tú me aguardas!

JUAN PEDRO Hoy es sábado y no quiero
 dormir en la quintería,
 porque rondan los gañanes,
 y yo me muero de envidia
 si me entero
 de que rondan
 las esquinas
 de mi novia.

MOZOS Hoy es sábado y no quiero... etc.

TODOS Tra, la, la, la, la,

Pasan Catalina y Custodia. La primera se ha arreglado con Moniquito y viene a su casa para platicar con él. Don Generoso aparece luego, con su carabina terciada como si hiciese de centinela, y asusta a Custodia, que le tiene que dejar para recoger —en una casa vecina— un encargo. El encargo no es otra cosa que un niño recién nacido que ha de llevar a Ciudad Real, a la casa-cuna. Pero antes de que Custodia se ponga en camino surge Carracuca, que se la lleva antes a su casa porque a su mujer le ha vuelto a dar el histerismo. Queda sola la escena y aparecen Moniquito y otros cuatro mozos más, que van —con mantas y escaleras— a hablar por las ventanas de sus respectivas novias.

TODOS Dos por dos son cuatro;
tres por dos son seis;
tres por cuatro, doce;
dos por cinco, diez.
Ya me sé la tabla
de multiplicar,
y antes del invierno
me podré casar.

MONIQUITO Si me adviertes al pedirte
que no ties ventana baja,
no es el hijo de mi madre
el que sube a tu ventana.

TODOS ¡Aaay!...
¡Ay, ay, ay, aaay!...

MONIQUITO Ya verás, mujer, la que te espera.
¡Aaay!...
¡Ay, ay, ay, aaay!...
Cuando suba yo por la escalera.
Cuando llegue arri-,
aunque tú no quie-,
si no está tu ma-,
voy a darte un be-.

LOS DEMÁS Quiere darte un be-,
pero se equivo-,
porque está tu ma-,
¡y van a ser po-!

MONIQUITO Aquí estoy porque he subío,
y no me bajo sin darte
un abrazo de los fuertes
¡y recuerdos pa tu madre!

TODOS ¡Aaay!...
¡Ay, ay, ay, aaay!...

MONIQUITO Si al ir a casarte no reculas.
¡Aaay!...
¡Ay, ay, ay, aaay!...
...tengo ya mujer y un par de mulas.
Pero si me enga-
con un archidú-,
¡apañao me que-
con un par de mu-!

LOS DEMÁS Con un par de mu-
apañao se que-,

porque si una es co—,
¡la otra es burricie—!
Dos por dos son cuatro;
tres por dos son seis;
tres por cuatro, doce;
dos por cinco, diez.
Ya me sé la tabla
de multiplicar,
y antes del invierno
me podré casar.

CUADRO TERCERO.— Patio interior de la casa de Sagrario. En torno a dos largas mesas aparecen sentadas Catalina, Lorenza y otras mozas —mondando la rosa del azafrán— presididas por el ama. Por lo que dice la hermana Custodia, se sabe que dentro de la casa está un rico forastero, Julián Herencia, pretendiente de la mano de Sagrario y desdeñado por ésta. Para ayudar también en la faena de mondar la rosa llegan los mozos.

MOZAS De mondar mucha rosa
yo no me alabo,
porque no tengo novio
que tire el clavo.

SAGRARIO La rosa del azafrán
es como la maravilla,
que un día la ve nacer
y la mata el mismo día.

CATALINA Me casé con un sastre
por no estar mala,
y el aire de la aguja
me resfriaba.

MOZAS La, la, la, laralala.
La, la, la, la, la, la...

MOZOS Aroma de tomillo de abril
se escapa de tus labios en flor.

MOZAS Por Dios, no te me arrimes, galán,
no vaya a marearte el olor.

MOZOS Si no me quieres cerca, ¿por qué
me miras con tus ojos de imán?

MOZAS Pues pídele al alcalde un cartel
que diga: «Se prohíbe mirar.»

SAGRARIO La rosa del azafrán
es una flor arrogante
que brota al salir el sol
y muere al caer la tarde.

MOZAS Tan frágil es el amor
como esta flor peregrina.
Se quiere al atardecer
y a medianoche se olvida.

MOZOS No quieras olvidarme después
que tengo ya encargao el ajuar.

MOZAS Teniendo ya el ajuar encargao
alguna se lo puede encontrar.

MOZOS Si alguna se lo encuentra también
te digo que le puede pesar.

MOZAS Con esas indirectas, pa mí
que no voy otro novio a encontrar.
La rosa del azafrán
vestida está de morado
y tiene el tallo pajizo
y el corazón encarnado.

La tarea se interrumpe para pasar todos los presentes a la cocina a tomar la merienda. Salen de la cocina Custodia y Sagrario. Ésta confiesa que no ha podido acceder a las pretensiones de Julián Herencia, que quiso a Juan Pedro cuando le vio cortejar a Catalina, y que comprende que esos amores son imposibles por la diferente condición social del ayudaor y de ella. Julián sale de la casa con Miguel y se despide, resignado, de Sagrario. Dice que por Juan Pedro, que es de su pueblo, sabía ya que ésta había despreciado los mejores partidos de La Mancha. Esto interesa a Sagrario, que le hace preguntas –aparentando indiferencia– acerca de Juan Pedro, y se entera para su desdicha de que el ayudaor es un hospiciano procedente del torno de una inclusa. Julián se va y Sagrario, de mal humor, ordena que siga la faena de mondar la rosa. Vuelven a escena las mozas y los mozos que las ayudan y cortejan, porque es costumbre que cuando una mujer consiente en que un hombre la ayude en esa faena, le da a entender que lo acepta como novio. Cuando todos están mondando la rosa, llega de la calle Juan Pedro, que se acerca al ama. Sagrario trabaja sin ayudador y Juan Pedro, con intención, la dice: «Si una mocita no tiene amante, natural es que alguno venga a ayudarla». Sagrario, ofendida, reprocha su acción y le avergüenza ante todos recordándole su humilde procedencia y ordenándole que se vaya: «Qué culpa tiene el tomillo de haber nacido tan bajo». Juan Pedro se va, y Sagrario, presa de nerviosismo suspende la faena.

MOZAS Si quieres que te lo diga,
cantando te lo diré:
el amor que te tenía
por donde vino se fue.

MOZOS El amor que te tuve
 fue de bayeta;
 se le ha caído el pelo,
 ya no calienta.

JUAN PEDRO Buenas tardes tengan todos.

TODOS Buenas tardes nos dé Dios.

SAGRARIO ¿A qué viene, madre mía?

CUSTODIA ¿Qué querrá el ayudaor?

JUAN PEDRO Aunque soy forastero,
 sé la costumbre,
 y a ayudaros venimos
 como nos cumple.

SAGRARIO La costumbre es que el novio
 junto a la novia,
 la partija le aumente
 que a ella le toca.

JUAN PEDRO Pero si una mocita
 no tiene amante,
 natural es que alguno
 venga a ayudarle.

SAGRARIO Si alguno viene,
 sin palabras la dice
 que la pretende.

MOZAS ¡Bien lo explica la Sagrario!
 ¡Él a quién ayudará!

MOZOS No te metas en dibujos.
 Lo que sea sonará.

JUAN PEDRO Ama,
 con su licencia,
 quiero ayudarla,
 pues siento pena
 viendo
 que a usted los mozos
 no se le acercan.

SAGRARIO Mira
 que me abochorna
 lo que pretendes.
 ¡Corre
 por tus caminos
 sin ofenderme!

JUAN PEDRO ¡Qué culpa tiene el tomillo
 de haber nacido tan bajo!

¡Qué culpa tiene el querer
 de andar arriba y abajo!
 TODOS El pobre es pobre en su tierra;
 el rico es rico en su casa.
 SAGRARIO Y la mujer, rica o pobre,
 nunca sabe donde manda.
 JUAN PEDRO Perdona el ama Sagrario,
 perdona mi atrevimiento.
 ¡Qué culpa tienen mis ojos
 de haber mirado para el cielo!
 SAGRARIO Vete presto.
 Vete ya.
 Irse todos,
 por favor.
 CUSTODIA ¡A la calle!
 TODOS Vamos ya.
 SAGRARIO La faena
 se acabó.
 JUAN PEDRO Tan frágil es el amor
 como esta flor peregrina:
 se quiere al atardecer
 ¡y a medianoche se olvida!

ACTO SEGUNDO

CUADRO CUARTO.— Plazuela del Arcipreste, a la que da parte de la casa de Sagrario, y en la que se hallan las viviendas de la hermana Custodia, Carracuca y don Generoso. Catalina habla con la Custodia de la muerte de la mujer de Carracuca. El funeral por ella se está celebrando en aquellos momentos y las dos mujeres comentan lo bien que Carracuca se ha portado, a pesar de haber sido una víctima de la difunta, que en cuanto sufría el ataque la emprendía a golpes con su marido. Con gran sorpresa de ambas, llega Juan Pedro, que vuelve al cabo de diez meses de ausencia. Dice que siente añoranza del lugar y que viene a casarse con quien sea; aquello del ama era un imposible y ya lo tiene olvidado. Arreglados trae los papeles para cuando tenga novia, y viene como antaño, a ajustarse adonde le quieran. Para descansar pasa a casa de Custodia, no sin haber producido efecto en Catalina, que ya está harta de Moniquito —su novio—, que es un vago y no se decide a casarse nunca. Por eso, en cuanto éste aparece de vuelta de la iglesia, riñe con él definitivamente, aunque Moniquito no se dé por vencido.

MONIQUITO Pero ven acá.
 CATALINA No me vengas con lisonjas.
 ¡No me digas na!

MONIQUITO Ya verás cómo te esponjas.
 CATALINA No te quiero oír.
 MONIQUITO Pues te lo diré por señas.
 CATALINA Lo pues escribir.
 MONIQUITO Te lo escribo si te empeñas.
 CATALINA Pero es inútil
 lo que me digas.
 MONIQUITO Eres más terca
 que un jabalí.
 CATALINA Tú eres más suave
 que las ortigas.
 MONIQUITO ¡Pa mí que mucho!
 CATALINA ¡Pa mí que sí!
 MONIQUITO Yo soy la luna
 y tú eres el espejo
 de la laguna
 donde la rueda brilla
 de mi fortuna.
 CATALINA Si soy espejo,
 no caso con un hombre
 que es un pellejo.
 Por eso, Moniquito,
 me desaparejo.
 MONIQUITO Tú no me quieres
 porque prefieres
 un hombre de esos
 que nunca se echan
 y que aprovechan
 hasta los huesos.
 CATALINA Yo te abomino,
 porque el camino
 que tú has tomao
 es el de estarte
 siempre tumbao,
 sin levantarte
 más que pa echarte
 del otro lao.
 MONIQUITO ¡Hasta ahora sí que
 no me has matao!
 CATALINA Yo necesito
 que el hombre que me quiera
 sea bonito;

pero, además, que sude
 como un bendito.
 MONIQUITO ¡Mira qué guapa!
 Lo que tú te propones
 no me se escapa:
 ¡que vaya to el verano
 con esta capa!
 CATALINA Que te aplicases
 y te agarrases
 a algún oficio.
 MONIQUITO Al de escribano,
 que es el más sano
 y alimenticio.
 CATALINA Yo te aseguro,
 porque lo juro,
 que se ha acabao.
 MONIQUITO Por lo que veo,
 te has atufao.
 CATALINA Porque no creo,
 que exista un feo
 más desahogao.
 MONIQUITO ¡Se ha güelto loca!
 CATALINA ¡Se ha rematao!
 ¡Miau!
 MONIQUITO ¡Guau!

Llega Carracuca. Con él vienen mozos y mozas que le dan el pésame y le consuelan. Cuando los hombres se van, las mujeres rodean al viejo preguntándole lo que va a hacer él solo con cinco hijos; no puede vivir sin una mujer en su casa. El propio Carracuca comprende que tiene que pensar en una moza.

CORO ¡Conformidá!
 CARRACUCA ¡Qué voy a hacer!
 CORO ¡Resinación!
 CARRACUCA ¡Cómo ha de ser!
 MONIQUITO ¡Peor fuá no verlo!
 CORO Y agora ¿qué vas a hacer?
 ¡Lo tienes que cavilar!
 Si te has quedao sin mujer,
 ¡así no puedes estar!
 CARRACUCA Yo mesmo me he calculao
 que en ello debo pensar.

MONIQUITO El pobre está apabullao.
 CORO ¡Se va a tener que casar!
 CARRACUCA Ya comprendo que yo solo
 con las cinco creaturas
 voy a verme en un apuro
 pa sentarles las costuras.
 MONIQUITO ¿Quién les cose? ¿Quién les plancha?
 ¿Quién les barre? ¿Quién les guisa?
 ¿Quién les suena las narices?
 ¿Quién les lava la camisa?
 CARRACUCA ¡Son tan chicos!
 MONIQUITO ¡Son tan guarros!
 CARRACUCA ¡Tan corticos!
 MONIQUITO ¡Tan cerraos!
 CARRACUCA Sin su madre están perdíos.
 MONIQUITO ¡Sí que están extraviaos!
 GRUPO 1.º La Juliana
 de casarse contigo tie gana;
 pues ya sabes que es medio tontiza,
 y es sana y rolliza
 como una manzana...
 MONIQUITO ¡No me gusta pa ti la Juliana!
 GRUPO 2.º La Clementa
 va a cumplir este mes los cuarenta,
 y es tan guapa y graciosa entavía
 que nadie diría
 los años que cuenta...
 MONIQUITO ¡Pues tampoco me va la Clementa!
 GRUPO 1.º ¿Y a ti qué te importa?
 GRUPO 2.º ¿Y a ti qué te va?
 CARRACUCA Cuando lo hace será conveniente.
 TODAS ¡Cuando él lo consiente
 por algo será!
 MONIQUITO La Juliana no me gusta
 porque tiene un ojo tuno,
 y no digo na del otro
 porque no tie más que uno.
 Y tocante a la Clementa,
 ¡cuántas cosas te diría!
 CARRACUCA Pues ahorrarte el inventario,
 ¡porque fue mi ama de cría!
 GRUPO 1.º Ten en cuenta que eres viudo.
 GRUPO 2.º Que no hay tantas pa escoger.

MONIQUITO Pero al menos que en visita
no la tenga que esconder.

GRUPO 3.º La Calixta,
si la hubiás encargao a un artista,
no le sale tan mona y tan maja,
porque es una alhaja
de hermosa y de lista.

CARRACUCA ¡Es muy poco pa mí la Calixta!
GRUPO 4.º La Jacoba
¡hay que verla moviendo la escoba
o guisando en las ollas de barro!
¡Y el lomo de guarro
lo bien que lo adoba!

CARRACUCA ¡Que se vaya a fregar la Jacoba!
MONIQUITO ¡A fregar!
CARRACUCA ¡A fregar!

GRUPO 4.º ¡Pues sí que eres tonto!
GRUPO 3.º ¡Pues no pides na!
GRUPO 2.º ¡Querrá una princesa!
GRUPO 1.º ¡La reina querrá!

TODAS Si tú quieres, Carracuca,
yo no tengo inconveniente.
Si es que el médico le ha dicho
que no tome na caliente.

A pesar de todo, Carracuca sigue inconsolable. El recuerdo de la Gertrudis –su mujer– le conmueve a cada instante. En vano procura Moniquito animarle. Todos los chichones y arañazos que tiene, son recuerdos de aquella mujer; lo mismo que la escoba, la mano del almirez o la plancha con la que le golpeaba. Moniquito, para hacerle olvidar, le habla de la necesidad de que piense en otra mujer y le da una lección para enamorar. Juan Pedro sale de la vivienda de la hermana Custodia, a punto de que aparece Catalina en la puerta de la casa de Sagrario. Enterado de que la muchacha ha reñido con Moniquito, vuelve a declararle su amor. Cuando Juan Pedro se dirige a casa de Carracuca para darle el pésame, regresa Sagrario de la iglesia. Respetuoso el gañán, la saluda ceremoniosamente, pero Sagrario le dice que la llame por su nombre porque ya no es su ama. A preguntas de ella, Juan Pedro le descubre los sentimientos de amor que hacia ella abrigaba. Sagrario no puede ya más contener sus impulsos y le dice que ella también le quiere, pero las diferencias de clase les separan. Con rabia le ruega que se vuelva a marchar: «Cásate con otra, si quieres; pero que no lo vea yo... porque me da una pena de morirme».

SAGRARIO No me duele que se vaya,
no me importa que me olvide;

lo que siento es que sus ojos
en otra mujer se fijan
y mirarlo con los míos
y no poderla decir:
Muchacha, no te ilusiones,
porque ese mozo es pa mí.
Quisiera que se marchara
volando,
que hubiese cuarenta leguas
por medio,
que nadie me lo mentara
siquiera...
Y luego querría verle
de lejos.
¡Ay! ¡Qué me pasa!
¿Qué es lo que tengo?
Con él... ¡quién piensa!
Sin él... me muero.
La mujer que se hace esclava
de un querer que es imposible,
ni descansa, ni sosiega,
ni es digna de que la miren,
porque nadie se conduce
del mal que la hace sufrir.
¡Mal hayan las conveniencias
que me separan de ti!
Aléjate de mi lado
pa siempre.
Aléjate y no te olvides
de mí.
¡Ay! ¡Qué en mal hora
te conocí!
¡Adiós..., Juan Pedro
adiós mi bien!...

Cuando Sagrario hace mutis vuelven a encontrarse en la plaza la hermana Custodia y Juan Pedro, decidido ya definitivamente a marcharse del pueblo. Pero ahí está la Custodia, que le propone un plan que hará posible el casamiento del ama y el gañán: el de hacer creer a todos que Juan Pedro es el hijo desaparecido de don Generoso. De este modo, ante Sagrario y ante la gente, desaparece la diferencia social. Juan Pedro se muestra reacio ante lo que él cree deshonroso, pero Custodia le hace ver que en la componenda no hay nada malo y que servirá para hacer su felicidad, la de Sagrario y la de don Generoso. Convencido por los razonamientos de la curandera, Juan Pedro le

entrega sus papeles. Mientras los examina, Catalina –ingenuamente– comunica a la vieja que ha vuelto a arreglarse con Juan Pedro. Custodia la desengaña, y en ese momento aparece en la puerta de su casa Carracuca, a quien hace efecto –por primera vez en su vida– la presencia de Catalina. Se acerca a ella y pone en práctica todo lo que le ha enseñado Moniquito para enamorar, con gran sorpresa e indignación de éste, que vuelve en aquel momento.

CUADRO QUINTO.– Paisaje de agosto a pleno sol. Campo de mies y rastrojos con varios molinos de viento manchegos.

ESPIGADORAS Acudid, muchachas,
a la rastrojera,
que los segadores
ya se van de vuelta.

CATALINA Esta mañana,
muy tempranico,
salí del pueblo
con el hatico.
Y como entonces la aurora venía,
yo la recibía
cantando como un pajarico.

ESPIGADORAS Esta mañana,
muy tempranico.

CATALINA Por los carriles
de los rastrojos,
soy la hormiguica
de los despojos.

ESPIGADORAS Y como tiene
tan buenos ojos,
espiga a veces
en los manojos.

CATALINA ¡Ay,
ay, ay, ay!...
¡Qué trabajos nos manda el Señor!
Levantarse y volverse a agachar,
todo el día a los aires y al sol.

ESPIGADORAS ¡Ay,
ay, ay, ay!...
Ten memoria de mí, segador;
no arrebañes los campos de mies,
que detrás de las hoces voy yo.

CATALINA La espigadora
con su sportilla
paece la sombra
de la cuadrilla.
Sufre, espigando tras los segadores,
los mismos sudores
que el hombre que siega y que trilla.

ESPIGADORAS La espigadora
con su gavilla.

CATALINA En cuanto suenan
las caracolas,
por esos trigos
van ellas solas.

ESPIGADORAS Y se engalanan
con amapolas,
sin abalorios
ni angaripolas.

CATALINA ¡Ay,
ay, ay, ay!...
¡Qué trabajos nos manda el Señor!
Levantarse y volverse a agachar,
todo el día a los aires y al sol.

ESPIGADORAS ¡Ay,
ay, ay, ay!....
Ten memoria de mí, segador;
no arrebañes los campos de mies,
que detrás de las hoces voy yo.

SEGADORES ¡Ay,
ay, ay, ay!...
No arrebaño los campos de mies,
porque aguardo que vengas tú aquí
pa escuchar lo que vale un querer...

ESPIGADORAS ¡Ay,
ay, ay, ay!...
Si a tu lado me aguarda un querer,
no me importan los aires y el sol,
ni que arranques de cuajo la mies.

Ya ha corrido por todo el pueblo que Juan Pedro es hijo de don Generoso. Llega corriendo Moniquito y cuenta cómo don Generoso, al encontrarse con Juan Pedro, es decir: al recobrar al hijo, ha recobrado también la razón. Y, en efecto, ante el asombro de todos, llega el noble señor con el gañán, a quien él ya considera su hijo.

CUADRO SEXTO.— Otra vez el patio interior de la casa de Sagrario. Se festeja la próxima boda de ésta con Juan Pedro. Hay alegría, jotas manchegas y baile.

JUAN PEDRO Bisturí, Bisturí
se quería casar,
y quería vivir
a la orilla del mar,
y gastaba levita,
pantalón y fusil.
Y por eso le llaman
Bisturí, Bisturí.

MICAEL ¡Venga un cantar del ama!
TODOS ¡Eso! ¡Venga!...

SAGRARIO Manzanares, Manzanares
ya no es tierra de manzanos;
pero en mujeres bonitas
no hay quien las gane la mano.
Son esbeltas y bizarras,
son graciosas y arrogantes.
¡Pa gustarle al que me gusta
quién fuera de Manzanares!

TODOS A La Mancha, manchegos,
que hay mucho vino,
mucho pan, mucha carne,
mucho tocino.
Y aunque veas un Sancho
no te alborotes,
porque quedan hogaño
muchos Quijotes.

CUSTODIA ¡Y ahora... Juan Pedro!
TODOS ¡Eso! ¡Venga!...

JUAN PEDRO Quisiera ser tu pañuelo
y quisiera ser el aire;
lo primero, pa envolvete;
lo segundo, pa besarte.

TODOS «Bisturí, Bisturí..., etc.»

El único que no participa del regocijo general es Juan Pedro, que parece triste. Por eso, cuando todos marchan al interior de la casa para ver el ajuar de la novia, queda él solo, preocupado por el engaño que ha cometido. Al llegar ella en su busca, Juan Pedro decide confesar a Sagrario toda la verdad; y Sagrario, que lo ha adivinado todo y no le importa su humilde condición, le dice que «a su orgullo le basta que los demás se lo crean».

JUAN PEDRO Tengo una angustia de muerte,
siento un afán interior,
que de vergüenza me muero
como si fuera un ladrón.
Aunque me cueste la vida
le he de decir la verdá,
porque el amor de mi pecho
no puede ser desleal.

SAGRARIO ¿Qué tienes, amor mío?
Cariño, ¿qué te pasa?
Ven a que yo te alivie
las penas de tu alma.

JUAN PEDRO La pena que yo tengo
me está martirizando.
Perdona que me calle...,
y olvídamme, Sagrario.

SAGRARIO Si quieres que te olvide,
me obligas a morir.

JUAN PEDRO Escúchame, Sagrario...

SAGRARIO Escúchame tú a mí.
Lo que tú quieres decirme
ya me lo sé de memoria:
que tu prosapia de hidalgo
es fingida y engañosa.

JUAN PEDRO ¿No me maldice tu orgullo
si dejo de ser lo que era?

SAGRARIO Es que a mi orgullo le basta
que los demás se lo crean.

JUAN PEDRO ¡Manchega! Tu cariño
me da la vida.

LOS DOS ¡Te quiero!

JUAN PEDRO Cariño tan callado
como seguro...

LOS DOS ¡Tan bueno!
Tus labios siempre callen
lo que nosotros
sabemos.

¡Qué hermosa la alegría
de compartir
el secreto!
Ven a mis brazos,
que muy cerquita
quiero mirarte...
¡Y nada nos importe
de nadie!

En ese instante los sorprende don Generoso, que comenta la situación de los dos enamorados con párrafos de *El Quijote*, libro que estaba leyendo al principio del cuadro: «Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo; unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha desecho..., y otros tuvieron principio de gente baja y van subiendo de grado en grado hasta llegar a ser grandes señores...». Bienvenida sea la estratagema si ello permite al fin, la boda del ama y el gañán. Y con la entrada de Catalina y Carracuca –ya casados– que vienen a sumarse a la alegría general, termina la obra.

TODOS Bisturí, Bisturí
se quería casar,
y quería vivir
a la orilla del mar,
y gastaba levita,
pantalón y fusil.
Y por eso le llaman
Bisturí, Bisturí.